

CARTA DE BENITO REBOLLEDO CORREA

A

FERNANDO SANTIVÁN*

Fernando¹: Te envió los datos de nuestra Colonia.

I. Para vivir con decencia arrendábamos una gran casa —de esas antiguas que tú conoces— la que pagábamos en común, sin mayores discusiones y cada cual tomaba sus habitaciones según las necesidades familiares.

La primera casa que arrendamos estaba situada en Pio IX, al pie del Cerro San Cristóbal; nos costaba \$75; fue por el año 1906 ó 7, si mal no recuerdo. Hoy esa casa creo que vale algunos miles. Vivíamos muy económicamente y con comodidad; una cosa que nunca se nos ocurrió fue haber hecho la comida en común, pero de todos modos nos sentíamos muy a gusto con nuestra pequeña independencia, dentro de aquel gran caserón.

En verdad el nombre de anarquistas es el mismo comunismo de hoy; no sé por qué nos llamábamos anarquistas. O nos llamaban.

LOS NOMBRES

Alejandro Escobar y Carvallo, se ganaba la vida como médico homeópata y naturista —escuela médica repudiada en aquel entonces y que hoy ejercen algunos médicos alópatas eminentes en el país—. Casado en segundas nupcias con una niña muy culta y hermosa; Zunilda Zenteno, hija de un señor que tenía imprenta en San Bernardo, también simpatizante de nuestros ideales. Era una joven menor que él, de una paciencia de Job; fue una verdadera mártir acompañando a Alejandro en su azarosa vida de luchador idealista; sin protestar ni arredrarse ante las pobreza y las privaciones.

Hoy, a Dios gracias, está bien, aunque no de fortuna; sus hijos están bien educados y sin vicio alguno, desempeñan buenas ocupaciones y están muy bien con-

* Esta carta se refiere a una segunda colonia tolstoyana, ubicada en Santiago, que era integrada por artesanos y obreros anarquistas admiradores de Tolstoi. Habitaban una antigua casa en la calle Pío Nono. También se integraron a este grupo los pintores Benito Rebolledo Correa y Julio Fossa Calderón y el periodista Alejandro Escobar. Duró poco, por motivos económicos y problemas con las autoridades gubernamentales. Poco antes de desaparecer sus miembros trataron de relacionarse con los tolstoyanos de San Bernardo. De todo esto, y otros detalles da cuenta esta carta.

¹ Fernando Santiván: (1886-1973) Novelista, cuentista, ensayista. Inicia sus estudios en Chillán. En esa ciudad, en el diario *La Discusión*, publica sus primeros cuentos. Se matricula en la Escuela de Bellas Artes, de donde es expulsado. Comparte con D'halmar, la creación de la colonia tolstoyana. En 1952 recibe el Premio Nacional de Literatura. De sus obras mencionamos: *Palpitaciones*, *El crisol*, *La casa de hierro*, y *La hechizada*, entre otras.

ceptuados ante sus jefes y patrones; las hijas casadas con hombres excelentes, trabajadores, ganan mucho dinero. No era posible que siguieran la tradición de sus padres que tanto sufrieron por el amor a la Humanidad, ¿me consta!

Miguel Silva, cuñado de Alejandro, con taller propio de tapicería y fábrica de muebles; -fallecido en un accidente de auto, después de haber formado su familia- es padre de un médico, el doctor Silva Escobar, de un oficial de aviación, otro arquitecto y dos hijas profesoras.

Julio Fossa Calderón, estudiante de Bellas Artes, vivía solo como simpatizante con nosotros pues era católico. Jamás le discutimos su religiosidad. Vivía con una muchacha de la cual tuvo dos hijos (varón y mujer) a los que abandonó para ir a Europa a conquistar gloria. Ella lo esperó durante diez años fielmente; era una mujer muy sencilla y bondadosa. Nunca tuvo noticias de él. A los muchos años vino a Chile, pero ella ya se había casado con un hombre que la hizo feliz. Él también venía a casarse con una dama de fortuna, con la cual regresó a Europa. A los pocos años volvió nuevamente con su esposa y una hijita, a dirigir la Escuela de Bellas Artes, contratado por don Armando Quezada Acharán en París, donde este último era Embajador. Fossa quiso reorganizar la Escuela, pero los futuristas y masones le hicieron una guerra terrible y de un empujón nos echaron a los dos, a él y a mí, donde yo le acompañaba como profesor. Una cátedra que me había dado por amistad. También salieron otros profesores adeptos a él y desde entonces están en el poder los futuristas, encumbrados por el P. comunista; también son dueños *del llamado Premio Nacional*. El escultor que trajo de París como profesor, Ernesto Tapia, un hombre de mucho talento, autor de "Fresia", una escultura que tú debes conocer; el tema es una india arrojándole el niño al caudillo, la que creo se encuentra en la Escuela Militar, no lo quisieron reintegrar a París de donde lo trajeron y el pobre murió en la última miseria, en un conventillo, dejando abandonada a su esposa francesa en París con 5 hijos. Fossa, tú sabes, también ha muerto en el último combate por la gloria, (?) después de obtener una Medalla de Oro en el Salón de París. Su esposa le sobrevivió un año, también falleció y quedó una hijita huérfana completamente sola en la Ciudad Luz, pero con fortuna. Se cuenta que tiene mucho talento como pintora. Creo que siente horror por Chile donde trataron tan mal a su padre; nació en París. Cuando Julio vino a Chile, en el último viaje era una niña de unos 8 años; hoy es una jovencita de 20 años y debe recordar la patria de su padre como una pesadilla.

Vicente Saavedra, un joven tipógrafo de mucha cultura y distinción de moralidad severísima, sin alarde, ningún gran señor le iba en saga en el vestir y en la fineza natural de su trato. Murió joven de una dolencia pulmonar, el fin de casi todos los tipógrafos. De su esposa (que era maestra) no he sabido más; era hermana del compañero Cádiz. No dejó hijos.

Manuel Cádiz, ebanista, también muy educado; era un tanto bromista pero sus bromas eran de buen gusto, no molestaban; simpático, gran trabajador, soltero,

de talla mediana, moreno como un árabe del desierto, de buenas facciones. No he sabido más de él.

Mamerto González, empastador de libros, joven sencillo, de pocas palabras, amigo de los deportes, casado con una mujer muy hermosa; se querían como Pablo y Virginia; tampoco he sabido más de ellos.

Teófilo Galleguillos, campesino, con alguna instrucción; trabajaba en la Vega de comerciante; era bondadoso y paciente. Bueno, todos eran bondadosos. Vivíamos en un continuo torneo de tolerancia y bondad, influenciados por el ambiente moral que nosotros mismos habíamos creado. A Uds. los encontrábamos superiores por el heroísmo de haber hecho voto de castidad, según las prédicas de Tolstoy, en su libro "La verdadera vida", si mal no recuerdo. Teófilo tenía una amiga que a veces nos visitaba, una muchacha que reía por todo, fresca como una flor. A todos nos encontraba muy buenos; creía que vivíamos en continua penitencia, porque éramos naturistas.

Alfonso Renau, francés, de oficio zapatero de obra de lujo, trabajaba para Pepay; era el tipo de obrero intelectual, de grandes conocimientos. Tenía cientos de libros. Era de una bondad excepcional como hay pocos hombres, muy respetable y distinguido. Tenía pasión por la astronomía. En las noches claras y estrelladas, se sentaba en el patio a describirnos los astros, con mucha amenidad y veneración por el universo; era panteísta. Se casó con una joven que había contratado como empleada; de ella tuvo varios hijos. Era un hombre de unos 45 a 50, años de salud precaria. Murió de 65 años; de su familia no he sabido más.

Francisco Roberts, zapatero, llegó de París junto con Renau, de menos edad que él, parecía su hijo. Hoy es hombre de fortuna; creo que se ha hecho masón; tiene una tienda de lujo en el centro. Aquí contrajo matrimonio con una joven francesa que conoció en el barco cuando venía de Europa. Se enamoró de ella a sabiendas de que era mujer de mal vivir. Pero él seguía un apostolado que le aconsejaba perdonar. Era muy orgullosa y lo abandonó por encontrarlo inferior, y se fue a Francia, su tierra de origen. Roberts está ahora casado con una chilena. Era un buen muchacho, muy cortés y trabajador; aseado, pulcro y meticoloso al igual que Renau. Su obra de mano también la entregaba a Pepay. No hemos seguido cultivando la amistad.

Aquiles Lemure (Lemir), francés, también de oficio zapatero de obra de lujo, como el compañero anterior, trabajaba para Pepay; era el tipo del francés alegre y cordial, muy ordenado y trabajador, gran deportista, practicaba el box francés. Era poco amigo de la lectura, le bastaba con que los demás estudiaran por él y luego le informaran. Recuerdo que los frailes lo sacaban de quicio; era soltero. Su padre tenía un restaurant. Después que se disolvió la colonia se casó con una niña tan trabajadora como él. Tiene varios hijos e hijas, todos muy bien educados. Una de las jóvenes es concertista, esposa de un abogado. Lemure tiene una propiedad

muy hermosa en los alrededores de Santiago. Todavía no habla bien castellano. Yo le suelo visitar cuando me invita; es muy cariñoso y rangoso. En cuanto se enfrenta a mí me echa los brazos al cuello y me dice en su media lengua extranjera: "¡Oh, Benito, mi... mi... mi... viejo amor... mi viejo amor!". Aún no atina con "mi querido y viejo amigo".

A la señora parece que le hicieran cosquillas en las axilas de la risa y le dice: "Nunca se le va a quitar lo enrevesado para hablar. Va a llegar a los cien años en Chile y no aprenderá castellano". Creo que fue este niño el que tuvieron de vecino en San Bernardo ¿o fue Renau?

Manuel Pinto, era joyero; después aprendió a zapatero con Renau, por encontrarlo un oficio muy independiente. Era Pinto de un buen carácter como pocos, siempre tenía la respuesta amable y sonriente; casado con una niña de nombre María, no recuerdo su apellido. Ha tenido de ella varios hijos. Uno de ellos ha seguido siendo revolucionario militante y es arquitecto.

III.- Vivíamos en común, como ya te he dicho, todos éramos vegetarianos; no bebíamos licores ni fumábamos, lo mismo nuestras mujeres. Era la misma vida que hacían Uds., a excepción del voto de castidad. A pesar de tantos hombres y mujeres reunidos, jamás hubo disgustos ¡para eso éramos apóstoles de la paz y de la fraternidad! Dios es testigo de que éramos inocentones. Hay un refrán que retrata a los hombres así, que parece ser de Sancho: "Parece tonto de bueno", porque para este terrible hombre práctico sólo los ladinos y los pícaros son inteligentes.

Éramos iluminados por una luz mística: el amor a la Humanidad. Sobre todo a los humildes, a los pobres, por los que luchan sin esperanza, por los que mueren sin haber tenido jamás una satisfacción de verdadera vida.

Poseíamos un pequeño periódico que dirigía Alejandro, titulado: "LA PROTESTA HUMANA". En este pequeño periódico se defendía, como te he dicho, a los obreros. Se publicaban artículos sobre moral y leyendas ejemplares. Este periódico se regalaba a los obreros; era financiado por cuotas voluntarias; entre los donantes había personas del alto comercio, que en su juventud habían sido revolucionarias, en Europa: *Los hermanos Kenette*, merceros franceses; el filósofo y escritor millonario, don Carlos Newman, de Quillota, le enviaba cantidades de dinero a Alejandro, para "La causa", y otros industriales ricos, extranjeros, de los que no te doy sus nombres, porque aún viven y están vinculados al alto comercio y a la sociedad de Santiago y temo que se molesten. Alejandro descubrió a estas personas, no sé cómo. Sólo sé que los hermanos Kenette eran masones, muertos hoy, como don Carlos Newman.

Una cosa no recuerdo bien ¿quiénes eran los que incitaban a las huelgas?

Me parece que era el Partido Socialista de aquel entonces y nosotros, naturalmente, nos adheríamos para hablarles a los obreros en los mítines, lo que hacíamos al pie de la estatua de los héroes o en la Plaza de Armas.

De los que nos visitaban había un muchacho italiano, venido de la Argentina, tenía el continente de Paolantonio, pero descuidado en el vestir, a pesar de eso, con una gracia singular; era un orador formidable, de elocuencia arrebatadora;

tipo de napolitano, buena cara; siempre vestido de negro, con un sombrero pues-to de cualquier modo y una corbata negra flotante, toda descuidada. Se llamaba *Inocencio Lombardossi*. Cuando llegó de la Argentina fue a vernos y a los primeros que encontró en casa fue a Alejandro y a mí. Nunca nos habíamos visto y nos abrazó en forma efusiva como a antiguos conocidos y amigos, diciéndonos, textualmente: "¡Cómo te vaa, Alejandro! ¡Cómo te va Benito!". No nos dio ninguna explicación luego. Creo que nos conocía de nombre, pues teníamos canje con el gran diario revolucionario argentino "Ariel", dirigido por el anarquista italiano, el abogado Pedro Gori, expulsado de su patria por subversivo. Este último vino especialmente a Chile a dar una conferencia contra la guerra cuando nos querían hacer pelear con Argentina. Era el tipo del señor italiano, muy elegante en el vestir, parecido al músico violoncelista, Estéfano Jiarda, de recordada memoria entre nosotros. Era un orador exquisito. Recuerdo que terminó su pieza oratoria, llena de humanismo, con estas palabras: "¡Espero ver la Estrella Solitaria de Chile y el Sol de la Argentina juntos, resplandeciendo en el cielo ¡¡in alto!! ¡¡in alto...!!". pues tenía un acento italiano que le daba mucha gracia a su oratoria. Volvamos al compañero Lombardossi. Cuando el mitin era en la Plaza de Armas, por ejemplo, se subía a uno de los escaños de la Plaza muy erguido, miraba de frente a la policía de Castro y de aquel famoso Comisario que llamaban "el terrible huaso Gómez", que nos vigilaba, descubriéndose el pecho con las manos y gritaba muy fuerte, con voz de trágico: "¡¡Aquí tenéis mi pecho, el baluarte de los explotados, de los hambrientos, de los que tienen hambre y sed de justicia!!! ¡No temáis que me arredre! ¡¡Disparad vuestras carabinas mercenarias!!!". Lo decía con voz de tenor, vibrante y armoniosa como un clarín de guerra. Y así seguía hablando sin interrupción hasta más de media hora. Los pobres policías, los "pacos", como les llamaban, se ponían pálidos y al cuarto de hora de oírlo hablar, olvidaban el desafío que les había hecho y las lágrimas les corrían por las mejillas curtidadas yendo a caer a las crines de los caballos silenciosos. Parece que Castro y Gómez, embelesados también, se olvidaban de su cometido por escucharlo; pienso que por esto lo dejaban terminar. Murió muy joven de tuberculosis, después de varias prisiones, porque era muy agresivo con la policía, la insultaba en forma heroica.

Alejandro también es un admirable orador, pero más correcto que Lombardossi. Cuando habla, se pone muy pálido y le tiemblan los labios. Le he oído hablar, sin interrupción, hasta hora y media; tiene hermosísimas concepciones.

Todos hablábamos en estos casos, luego la policía disolvía el "comisio". A veces hubo algunas cargas y de resultados, contusos.

Luis Olea también nos visitaba; era casado y tenía una casita propia; pintor decorador, muy artista, poeta y periodista como Alejandro. Olea era lo que se llama un exquisito ¡nunca lo podré olvidar! Su aspecto señorial y su refinamiento aristocrático; buenmozo, de color blanco tostado, nariz aguileña, de rostro parecido al pintor Araya, de barba rubia, con bigotes a lo Káiser y cabellos castaños-oscuros, ondeados, echados hacia atrás, de regular estatura, cuerpo de atleta. También esta impresión hacía en los demás, porque recuerdo que una dama de San Bernardo, a la que pintaba y decoraba su casa (una viuda joven muy interesante) teniéndolo

me a mí como ayudante, esta señora me preguntó en una ocasión con mucho interés: “¿Conoce Ud. mucho tiempo a Lucho?”. Ya no le decía “maestro”. “Sí, señora” le respondí. “¡Qué gran señor parece! ¿no? Debe ser de buena familia”. “Creo que sí, señora” –“En verdad, continuó, todas mis amigas que le han visto y oído hablar les inspira respeto”. No quisiera halagarte, tenía mucho de tus modales. A todo yo estaba pasando susto que me preguntara si era casado, mas creo que tuvo pudor y no lo hizo; había tenido que decirle la verdad, pues teníamos la consigna de no mentir, sobre todo no engañar a las mujeres. No llevábamos anillo en el dedo por considerarlo un prejuicio.

Magno Espinoza, casado con una joven modista, sin hijos; mecánico de los ferrocarriles del E., luego maquinista, ascenso que obtuvo por su intachable conducta. Impecable en el vestir, de muy buena cara; parecía que hubiera sido hermano de la esposa del poeta Carlos Mondaca. Tú sabes que es una mujer hermosa. Espinoza murió joven.

Marcos Yáñez, dueño de una pequeña joyería de la calle Chacabuco, orador fogoso, de estilo popular. Murió consumido por el ideal.

Pedro Pardo, carpintero; muy entusiasta, hablaba bastante bien. Soñaba con ser un gran tribuno para servir mejor a “la causa”.

Y muchos otros que no tienen mayor importancia.

Fue, como tú sabes, la Edad de Oro del desinterés y del sacrificio por los demás de un puñado de hombres jóvenes, tan raro en los tiempos que corremos de miseria moral y mezquindad. Nuestras colonias dejaron constancia de la nobleza de nuestras intenciones y marcaron una época en la Historia de nuestro Chile.

Nos disolvimos porque los hijos crecieron y había que educarlos y aumentaron las necesidades de la vida. Y sin dinero no puede subsistir una colonia sólida. Habríamos tenido que poseer tierras propias y aún así posiblemente el Gobierno nos habría disuelto cuando nos hubiera visto crecer, como un peligro para el orden público, (como si estuviera toda tan ordenado) lo que aconteció con otras colonias europeas.

Yo, por mi parte, fui el más desengañado. Investigaciones y estudios que he hecho, me informaron que estábamos sirviendo, inconcientemente, la causa secreta del Judaísmo, porque todos estos ideales llamados revolucionarios y redentores los esgrime el judaísmo internacional para dividir a la familia humana no judía, como un plan de guerra sigiloso y secreto. Por esto no quiero saber nada de estos tales ideales, pues me he convencido del fraude que éramos víctimas. Tengo pruebas irrefutables al respecto.

Busca el libro de Monseñor Caro, titulado: “Misterio de la Masonería”. –Descorriendo el velo”. –Sin la lectura del libro ya mencionado, estos informes te quedarán incompletos; por él sabrás quienes son los autores de los atentados de los llamados anarquistas... Y también por qué no obtienen los premios en dinero los que no son masones, cuando los que los disciernen son masones. Por eso dice el

libro: "Hay tanta mediocridad de gloriola entre los masones por el juramento solemne que hacen de votar a todo trance por el hermano de logia, aunque sea un patán".

Pags. 5 - 166 - 167 -. Y siguen, pags. 119 - 121 - 172 - 174 - 175 - 176 - 177 - 178 - 179 y 180.

Todo el libro es interesante. No tengo para qué recomendarte prudencia. Estás ahí rodeado de muchos amigos masones y... "pueblo chico, infierno grande".

También fuimos expiados por la policía. Se decía que éramos unos corrompidos que vivíamos en promiscuidad y nos cambiábamos las mujeres; que por algo éramos comunistas.

La espía, una amante de uno de los compañeros, que se vino a vivir con nosotros, a la postre, la pobre se encariñó con nuestras mujeres y vio la pureza de costumbres en que vivíamos. Un día que estaban reunidas charlando, exclamó: "¡Bendito sea Dios lo que es la calumnia!" Y les contó lo que decía de nosotros la gente. De repente esta mujer desapareció, siendo un misterio hasta para el mismo camarada, su huida.

Por una casualidad la descubrí. La vi salir del brazo de un agente de las oficinas del Sub-Prefecto E. Castro. En otra oportunidad la vi en el teatro. Esta vez la acompañaba un oficial de policía. En las dos ocasiones simulé no verla.

También tuvimos un espía hombre, un zapatero chico, de tipo vulgar, muy parlanchín, que se decía simpatizante y nos visitaba. Este tipo siempre nos estaba hablando de los atentados anarquistas. Nosotros lo echábamos a la broma sus bravatas regicidas o amenazas de asesinatos de gobernantes. "Compañero, le decía Alejandro, si nosotros no matamos ni pájaros para alimentarnos, menos vamos a matar hombres...".

Supimos que Castro le había encargado que inquiriera si tramábamos atentados.

Lo curioso es que esta gente terminaba por simpatizar con nosotros y nos tomaba cariño.

Más tarde supimos que al preguntarle Castro si había descubierto algo, le respondió riendo: "¡Qué atentados van a fraguar, señor, estos pobres! ¡Si no comen cazuela por no matar las gallinas!... Viven con brotes de lechuga y zanahorias crudas...!".

Menos mal que no nos calumnió.

Recuerdo que éramos respetados; nunca nos hicieron allanamientos. No tenían por dónde cogernos; a lo sumo nos tildaban de locos; lo mismo decían de ustedes la gente vulgar y práctica...

¡¡Pobre Sancho, jamás podrás comprender la mística divina y constructiva que impele al inmortal Manchego!! ¡¡Podrás acumular montañas de oro, mantener poderosos ejércitos, ser detentor de la bomba atómica para asolar la tierra... Pero con todo tu poder material fabuloso, no puedes detener la tuberculosis, la sífilis y el cáncer que corroe tus entrañas de dios de la tierra, paupérrimo de luz, en la noche tenebrosa de tu Civilización!!

Lo que nos llenó de consternación fue la matanza de Iquique, ordenada por don Pedro Montt.

Alejandro escribió una maldición en versos terribles, al Presidente. Luis Olea estaba en el Norte, donde creíamos que había muerto en la tragedia, allí donde se ametralló sin piedad a aquellos trabajadores desarmados porque no querían disolver sus reuniones hasta que no fueran escuchadas sus peticiones.

No puedo resistir el transcribirte algunas de las estrofas que recuerdo, de esa execración:

“Pedro Montt, tirano aleve,
falso mentor de multitud ignara,
yo te maldigo en nombre de la plebe
cuántas veces, cuán lágrimas llorara.

Que tu mujer sufra de alguna entraña,
que le impida comer y deleitarse.
Y en su dolor sea una alimaña
que te impida dormir su lamentarse.

Y tus consejeros de cerebro idiota,
odiados por los hombres de trabajo,
han de caer con las cabezas rotas
y los vientres abiertos por, un tajo.

No recuerdo lo demás. Al general Ledesma y Silva Renard les llama “chacales”, “bestial ralea”, en fin, es una larga tirada de versos; recuerdo que los que le dedica a Luis Olea, “el caudillo mártir del Norte” (ya te he dicho que lo creíamos muerto) había que leerlos llorando.

En verdad, Luis huyó herido en un hombro por la Pampa desolada con otros sobrevivientes y en el primer puerto embarcó a Centro América donde murió al tiempo después de fiebre amarilla. Lo supimos por un español que lo conoció en aquellos países.

Fuimos los dos con Alejandro a entregarle personalmente el periódico con la maldición a Eugenio Castro. ¡¡Oh, cuánta valentía da a la juventud un ideal redentor!! Ahora ya no somos los mismos hombres...

Y como tú sabes, con el tiempo pasamos a ser amigos de Eugenio Castro, y de su secretario privado, Atilano Sotomayor ¡Sorpresas de la vida!

Cuando le mostraron los versos a Pedro Montt, se puso pálido de emoción, cuentan, luego dijo en voz baja: “¡Tiene verba! No le hagan nada”. Y doña Sara, dicen que dijo: “¡Esta gente no tiene remedio!”. Y se encerró a llorar en sus habitaciones.

¿Don Pedro perdonó de miedo? ¿Tuvo remordimiento? ¿o no quiso empeorar su causa de gobernante con otro muerto?... ¡Misterio!

Hace poco he sabido por un político que conoció a este Presidente que don Pedro no era un hombre valiente. ¡En fin! ya no existe, todo su poder y orgullo duermen en la nada, para siempre.

IV.- Acuerdate bien, todos fuimos a visitarlos a ustedes, parcialmente.

V.- Nosotros los considerábamos a Uds. como de los nuestros y de una gran pureza de alma tan raro en la juventud. Solo Renau dijo en una ocasión: "El voto de castidad que han hecho no les durará siempre. Es sólo entusiasmo de jóvenes de corazón bien puesto. La ley fisiológica, tarde o temprano, gritará en su sangre joven y se casarán".

Lo demás tú lo sabes. Te enamoraste de Elena, hermana de Augusto Thompson, entonces, hoy Augusto D'Halmar y con esto se desmoronó uno de los pilares de aquella hermosa ilusión, la pura y casta colonia tolstoyana.

Me olvidaba también contarte que nos visitaban Tomaso Peppi, Alejandro Parra, Luis Ross, de raza judía, hermano de la pintora Estela Ross, lo supe por ella misma; me dijo en una ocasión: "Benito, yo soy de raza judía, y naturalmente lo mismo su amigo Luis Ross y he sabido que va a dar una conferencia contra mi raza". Tú comprenderás la emoción que esta declaración me causó; le di un breve y respetuoso abrazo, diciéndole: "Yo los quiero mucho a Uds., y ahora los quiero más". No está demás que te diga que la conferencia nunca se efectuó.

Luis Ross, estudiante, era un muchacho muy bondadoso, como lo es su hermana, y entusiasta; nos acompañaba en los mitines. Hablaba admirablemente, era muy culto. Tenía el continente de don Agustín Edwards y muy parecido en el rostro, pero de talla más mediana. Recuerdo que los obreros lo querían mucho. Se casó con una hermana de Brandau; murió en España, no sé si tú lo sabes.

Era de los pocos judíos que se han apartado de su grey. Sin duda por eso era tan refinado. Fuimos grandes amigos.

A él le regalé el estudio de mi cuadro, "Mercado de Blancas".

Tomaso Peppi, italiano, de oficio sombrerero. No recuerdo por dónde vino a Chile; me parece que de la Argentina, no estoy seguro.

Tenía un pequeño taller en la calle Bandera, en la primera cuadra, por la Alameda, la antigua calle Bandera, de aspecto colonial.

Peppi era un poquitillo alocado, a pesar de sus 55 ó 60 años; alto, fornido, rozagante y lleno de vida, muy alegre; trabajaba solo en su pequeña tienda. Era muy dado a la psicología. A veces solía clavarle la vista a alguien, cualquier desconocido y exclamaba: "¡Ese hombre es bueno!" o "Ese hombre es malo". Y casi siempre acertaba ¡cosa curiosa!

Debe haber sido la experiencia que tenía, porque según sus propias palabras, decía que había recorrido todo el Globo y, naturalmente, había conocido a muchas gentes y caracteres y, claro, esto le daba su sabiduría de siquiatra. A Uds. los admiraba mucho. "¡Buenos muchachos, decía, inocentes muchachos! ¡Ya conocerán la fiera humana y cambiarán!".

Era de una franqueza brutal, pero que no hería; por ejemplo cuando llegaba a la hora de once, de comida, nunca, nunca aceptaba nada ni una tajada de sandía en los días caniculares. Nosotros le enrostrábamos: “Ud. nunca nos recibe nada y sin embargo cuando Ud. nos obsequia (era muy cariñoso) le aceptamos”. A lo que él replicaba: (hablaba muy fuerte) “Yo no acepto, porque quiero ser un hombre “livre”. Si aceptara vuestras dádivas, ya no podría hablaros con franqueza, tendré que adularos para no pasar por ingrato” –“¿Así es que nosotros estamos sometidos a Ud. por recibir sus cariños?” “¡¡¡Ah!!! ¡Eso no! Yo soy un hombre “prefetto”, cuando yo obsequio, todos quedan libres de gratitud y pueden hablarme con toda claridad cuando tengan alguna falta que enrostrarme, con la seguridad de que no les llamaré mal agradecidos. –Y seguía: –¡Detesto a “esso” “mentecatto” que cuando han obsequiado cualquier porquería, por una nada le escupen a uno el rostro: ¡malagradecido!!! Cuando yo doy lo hago por mi propia “felichitá”!!! –terminaba.

Créeme Fernando, yo desde entonces, también repudio a los mezquinos, que con cualquier favor pretenden echarle a uno la soga al cuello ¡Nunca se termina de pagarles! Pienso que Peppi tenía razón en no aceptar nada. No hay duda que nos dio una magnífica lección de verdadera generosidad. Era un gran corazón y un hombre muy original.

Otras veces le decíamos por qué no se había casado, pues era un solterón empedernido y muy enamorado: “¡Calla, gritaba, no quiero ir con un parche poroso en la espalda toda la vida por el mundo!”. Llamaba “parche poroso” o “cataplasma” a la mujer, pero sin asomo de maldad. Y continuaba: –“Ya veo al Cristo con una ‘cataplasma’ en el lomo predicando el Evangelio y luego arrastrando a la ‘croce’ del martirio, con la mujer colgada al cuello dando gritos estridentes ¡¡¡qué escándalo ‘brutal-le’ para el ‘povero’ rebelde de la túnica roja de Nazaret!!! Nosotros debemos ‘morire con diñitá, sin chistare’!!!” –terminaba.

Todas estas maravillas pasaron, Fernando, ante nuestros ojos deslumbrado, como una bella ilusión de juventud. Ahora vivimos rodeados de pestilencia. Se necesita coraje para resistir sin mancharse. Esto tú lo sabes también como yo o mejor que yo.

Peppi era muy querido entre nosotros y celebrábamos sus graciosos hipérboles, sobre todo nuestras mujeres que no se daban por ofendidas por llamarlas “cataplasmas” o “parches porosos” para el hombre que ejerce un apostolado, porque te repito, lo hacía sin asomo de maldad.

Yo te insinuaría la idea, si lo tienes a bien, que dejaras bien puesto a Alejandro, si comentas sus versos; ya ves que son tremendos y él está viejo y continúa pobre, siendo más capaz que muchos políticos que están en el Poder y que ayer nos execraban cuando nuestras ideas eran perseguidas y despreciadas, pero ahora se han apresurado a hacerse comunistas, porque dan buenos puestos públicos, prebendas y honores (¡que les aproveche!) pero no podrán seguir saboreando como nosotros en nuestros años viejos aquellos deliciosos bocados espirituales de nuestra juventud.

Ten calma y estrategia; hay que subir a la palestra para vencer y no para ser vencido.

Has cuenta que es tu padre el que te está hablando y que desea para su hijo un triunfo clamoroso. Dios te ayudará.

Sólo si necesitas testimoniar la verdad histórica de estos datos, cita mi nombre, de lo contrario no habrá necesidad. Sólo deseo que triunfes y que des una severa lección de arte y ética a los mezquinos que te han pospuesto en el llamado "Premio Nacional"

Tu viejo amigo y compañero

Benito Rebolledo Correa²
Santiago
31 de Octubre de 1950
Casilla 975

² Benito Rebolledo Correa: (1880-1964) Pintor chileno que perteneció a la llamada generación de 1913. Este grupo supone la persistencia del naturalismo y la superación de las corrientes en boga durante el siglo XIX. Sus obras recuerdan lejanamente las de Sorolla. Como el maestro valenciano, Rebolledo Correa hizo en sus comienzos una pintura de inspiración social. En 1918 obtuvo su primera medalla con su tela *La risa del mar*. En 1959 obtuvo el Premio Nacional de Arte. En su período final realizó retratos muy bellos: *Retrato de Julio Ortiz de Zárate* y *Cabeza de mujer*.

NOTA: La influencia de Tolstoy en la organización de colonias tolstoyanas, de Alejandro Escobar en "El movimiento intelectual y la educación socialista", *Revista de Occidente*, N° 123, Santiago, mayo-junio, 1960.

A comienzos de siglo se difundió ampliamente la ideología del conde León Tolstoy y la juventud avanzada la hacía suya en todas partes. Entre los intelectuales chilenos prendió con vigor y, en 1903, los primeros anarquistas cristianos hicieron un ensayo de vida tolstoyana en una gran casa arrendada en la calle Pío Nono, casi al pie del Cerro San Cristóbal. Figuraron tres obreros franceses: Alfonso Renoir, Alquiés Lemire y Francisco Robert, artistas del ramo de zapatería; y Benito Rebolledo Correa, Alejandro Escobar Carvalho, Temístocles Osses y Augusto Pinto, todos ellos con sus esposas y niños. Por las noches había charlas sobre temas de arte y filosofía. Y, demás, está decirlo, excursiones dominicales y paseos a lo cerros y campos vecinos.

El buen resultado de este ensayo aumentó el número de comunitarios y hubo de trasladarse a una casa con huerta, en la antigua calle de la Domínica, cerca del convento del mismo nombre. Ahí se agregaron a la pequeña colonia, el artista pintor Julio Fossa Calderón, mi cuñado Miguel Silva Acevedo y familia, Mamerto Valenzuela y Romilio Quezada. Todos eran abstemios y vegetarianos; y nadie fumaba. Se instaló un gimnasio, en donde se practicaba lucha romana, box y ejercicios Müller. Cerca de dos años felices duró la primera Colonia Tolstoyana fundada en Chile. Luego los vientos de la vida dispersaron a sus componentes.

El anarquismo cristiano era un movimiento libre, más bien filosófico, y formaban en él jóvenes intelectuales idealistas, atraídos por una noble sed del espíritu hacia los campos vírgenes del socialismo integral.

En 1905, un nuevo grupo de camaradas formó otra pequeña colonia tolstoyana en la ciudad de San Bernardo, en un terreno y casa del poeta Manuel Magallanes Moure. Encabezaba el grupo Augusto Thompson, quien hacía entonces sus primeras armas literarias, y lo integraban los artistas pintores Pablo Burchard, José Backhaus y Rafael Valdés, el escultor Julio Ortiz de Zárate y el novel literato Francisco Santibáñez (hoy Santiván), discípulo entonces de Thompson, quien oficiaba como "hierofante"...vestido con un largo camisón blanco y un gorro turco...

Como casi todos eran artistas, se pasaban el tiempo excursionando por los alrededores y pintando paisajes, mientras los demás escribían sus cuentos e ilusiones de una mañana aventurero...en lejanos países, bajo nombres soñados, al estilo de Pierre Loti y Gabriel D'Annunzio.